

Reseñas

Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, El Colegio de México, México, 1998.

ME PARECE, EN PRIMER LUGAR, QUE ESTE LIBRO se suma al esfuerzo editorial de El Colegio de México y a la decidida voluntad de las compiladoras por dar a conocer a un público amplio tanto los resultados de investigación de colegas que conforman distintos espacios de formación y de discusión dentro del Programa de Salud Reproductiva y Sociedad, como textos que aunque recientes, son ya clásicos y resultan indispensables para todos aquellos interesados en el estudio serio de la sexualidad. De los trabajos reunidos en este volumen, muchos de los agrupados en la primera y segunda partes del mismo, corresponden al primer perfil, mientras que las conferencias sobre sexualidades contemporáneas de Jeffrey Weeks atienden al segundo.

Tiene razón Ivonne Szasz cuando en la introducción sostiene que “el estudio de la sexualidad se inicia en México en fecha relativamente reciente, y [que] su planteamiento, desde diversas perspectivas de las ciencias sociales, apenas comienza”. También coincido con ella cuándo señala que la sexualidad es un fenómeno complejo, histórica y culturalmente dado, que varía según la época, región, cultura, género, clase y generación y que, al igual que estas dimensiones, las creencias, los significados y los sentidos de vida estructuran la vida cotidiana de los sujetos individuales y de los actores sociales.

La gama de trabajos que conforman este libro muestra los temas privilegiados de la investigación sobre sexualidad en México en los últimos años, y en ellos destacan claramente tres enfoques que dan cuenta tanto de nuestros intereses en este campo como del avance del tema en México. Estos enfoques son: la búsqueda histórica de los significados, la comparación de comportamientos sexuales de grupos sociales específicos y la urgente necesidad de contar con cuerpos teóricos que nos permitan acceder a la complejidad del tema.

Si bien estos tres enfoques apuntalan la pertinencia de los estudios cualitativos en el quehacer de la investigación sobre sexualidad en México hoy, algunos de los textos reunidos en este volumen dan cuenta también —a pesar de las limitantes señaladas por Ivonne Szasz en la introducción acerca de las encuestas por muestreo y de los enfoques biomédicos y sociodemográficos (que en general tienden a confundir las prácticas con los significados y aspiran a ordenar y a clasificar a los individuos según criterios normativos)— de que los recursos metodológicos diseñados dependen del enfoque de la investigación y de que el objetivo expreso de ésta marca la conveniencia de utilizar dispositivos de corte cualitativo y/o cuantitativo, tal como sucede con el trabajo de

Nelly Salgado, que reconoce que ambas metodologías cuentan con distintas virtudes, deficiencias y alcances. El hecho de que este libro muestre el grado de avance de los estudios sobre la cultura sexual en el país me parece un logro muy importante de este volumen.

Debo decir que el mejor indicador de lo valiosa que puede resultar la publicación de un libro es la capacidad de reflexión que éste provoca y el abanico de opciones que, para revisar y ampliar las creencias propias, le ofrece al lector. En este sentido, debo confesar que la lectura de este libro me provocó a mí una serie de inquietudes acerca de lo que es mi “desviación” profesional: los estudios de género y su relación con el tema de la sexualidad; inquietudes y reflexiones que paso a exponerles rápidamente.

De los textos tanto de Nelson Minello, Marta Lamas y Jeffrey Weeks como de Enrique Dávalos, Ana Amuchástegui, Marta Rivas y Nelly Salgado, se deriva que tanto el género como la sexualidad son construcciones sociales y culturales: una (el género) del sexo biológico con el que nacen las diferentes personas y la otra (la sexualidad) del placer generado de los contactos e intercambios corporales.

Decir que son construcciones sociales y culturales significa que, en primer lugar, ninguna de las dos son “naturales” y que es la cultura la que le inviste al género masculino más valor que al femenino y la que le inviste a la sexualidad heterosexual más valor que a la homosexual o bisexual.

Esto explica tanto la denigración general de las mujeres en esta sociedad como la satanización de prácticas sexuales que, al no responder a la lógica reproductiva sino reivindicar el objetivo original del placer, se marginan y se presentan como conductas sexuales “desviadas”.

De aquí el gran peso y escándalo que provocaron las posturas feministas de los años sesenta y setenta al cuestionar el orden de género prevaleciente, y también los textos de Foucault en los que explica que los seres humanos no siempre hemos vivido ni asumido la sexualidad como lo hacemos actualmente.

A partir de los textos de Foucault podemos identificar el lugar del poder y de la represión, no sólo en la creciente “naturalización” de las relaciones heterosexuales, sino también en las relaciones establecidas entre los géneros. Este poder y represión han encontrado históricamente un valioso aliado en el discurso “científico” que de manera muy clara busca legitimar a una sola sexualidad como “la válida” y a un género como el “dominante” sobre el otro.

Existe otro paralelismo interesante entre género y sexualidad: el hecho de que un elemento histórico explique la conformación cultural actual de ambos. En el caso del género, la necesidad de asegurar la herencia del patrimonio generado que hace sobrevalorar y controlar la capacidad reproductiva de las mujeres; y, en el caso de la sexualidad, como bien se señala en el libro, el hecho reportado de la mortandad por hambruna durante los siglos XVII y XVIII que obligaron a repeler la muerte normando la vida y regulando el sexo como acto que garantizaba reproducirla.

Estos dos hechos históricos obligaron a imponer límites, restricciones y prohibiciones y se tradujeron incluso en medidas legales y jurídicas que, a su vez, alimentaron y consolidaron aún más la idea de la naturalidad de ambos aspectos.

Otro tema en el que se articulan género y sexualidad es la construcción de la identidad. Hoy se reconoce que tanto los rasgos de género como las diversas actividades sexuales de las personas constituyen una especie de núcleo psíquico que da sentido y significado a la identidad de todas las personas. Y si el género es un conjunto de ideas sobre la diferencia sexual que atribuye características “femeninas” y “masculinas” a cada sexo, la sexualidad alimenta el imaginario social de tal manera que también atribuye a las capacidades de procreación y reproducción un poder descomunal. Así, lo que en un caso aparece como una oposición binaria entre hombres y mujeres, en otro adquiere la modalidad de dilema entre el placer y la reproducción.

Asimismo, mientras que la cultura marca a los sexos con el género y el género marca la percepción de todo lo demás: lo social, lo político, lo religioso, lo cotidiano, también la sexualidad llega a definir y a engarzarse con esta noción dominante y “biologizada” del género: las mujeres son para tener hijos, los hombres buscan el placer sexual. Esto, que parece tema de telenovela, es sin embargo un fenómeno y proceso totalmente real.

La manera como se logra esto pasa por el hecho de que tanto esta lógica binaria como dilemática ha estado —como dice Marta Lamas en su texto— “inscrita por milenios en la objetividad de las estructuras sociales y en la subjetividad de las estructuras mentales”. La “naturalidad” desde este punto de vista está dada en la práctica heterosexual a partir de la noción de complementariedad de los sexos para la reproducción. Esto explica la fácil y falaz sustitución de género por sexo, de sexualidad por reproducción y de salud sexual y reproductiva por planificación familiar.

Es la misma lógica y sustento del poder lo que permea el uso inadecuado y el uso *light* tanto del género como de la sexualidad; y es la búsqueda del rescate de sus significados originales lo que nos obliga a adoptar posturas consideradas “radicales”. El asunto es que no hacerlo implica aceptar el sesgo impuesto por el lenguaje y aun renunciar a reivindicar la opción de que existan relaciones de género no opresivas y una multiplicidad de prácticas sexuales que se consideren válidas.

Necesario es, entonces, tanto reconocer la diferencia sexual para validar la equidad entre los géneros, como argumentar que la libido (o pulsión sexual) no se satisface necesariamente con un objeto amoroso del sexo contrario, sino que encuentra este placer de manera indiferenciada y que la opción u orientación sexual está más pautada por la búsqueda de resolución de complejos edípicos originales e internos que por los requisitos de las normas sociales.

Otro aspecto que quisiera tocar en esta ocasión y que también me sugirió la lectura de este libro, se refiere al papel del cuerpo en estas construcciones sociales y culturales del género y de la sexualidad, el cual evidencia cómo la exacerbación de una pequeña parte de nuestra existencia (los genitales) ha sido suficiente para avalar el pre-

dominio del género masculino sobre el femenino y para confundir la sexualidad con la reproducción.

Recuerdo a un compañero que decía que resulta inaudito atribuirle a la presencia o no de pene (o de falo, en la construcción simbólica de poder) la capacidad de dividir al mundo en ejércitos contrarios; y a otro compañero que decía que el mayor órgano sexual no es un gran pene ni un alzado clítoris, sino el conjunto de la piel con la que sentimos y con la que podemos transmitirle emociones al otro.

Se impone así romper con nuestra forma tradicional de acercarnos a la diferencia sexual entre hombres y mujeres (incorporando seriamente una perspectiva de género en nuestras investigaciones) y romper los prejuicios que tenemos en torno a la sexualidad para reconocer la fuente de placer y dimensión humana más allá de la reproducción.

Estoy segura de que la riqueza de este libro es tanta, que a cada lector le provocará diversas reflexiones y acercamientos al tema fascinante de la sexualidad.

*Esperanza Tuñón Pablos**

* El Colegio de la Frontera Sur.